

sume por medio de la incontinencia; el que se intoxica por medio del alcohol; el que se revienta á fuerza de trabajo y privaciones para juntar un caudal que sólo disfrutarán sus herederos; el que trasnocha y se deja vencer por la gula, se atraca del manjar que le es más dañoso ó arrostra la temperatura que le desquicia; el que monta el potro que le ha de estampar los sesos en la acera; el que cabalga la bicicleta que le ha de lanzar contra el pretil, desfilan una cantidad que, mejor empleada, les compraría un puesto honroso en la historia. La vida al fin la hemos de perder; bella ocasión de perderla si hacemos algo que inspire estrofas como las de Leopardi:

«Antes caerán apagadas en el mar las estrellas, que se olvide la memoria ó el nombre de los héroes. Vuestra tumba es un ara, y á ella vendrán las madres á enseñar á sus hijos las hermosas huellas de vuestra sangre vertida por la patria. Yo también, ¡oh bendecidos!, ¡oh bienaventurados!, me postro en tierra y beso las señales de vuestros pies. ¡Alabanza y honor eterno á vosotros!»

Tú, el que te diriges furtivamente al solitario paseo, después de haber entrado unos instantes en casa de un armero para adquirir sin regatear un revólver, y en un café para escribir con pulso temblón una carta á algún amigo y otra al juez de guardia; tú, pálido suicida, desertor medroso de la existencia, que no supiste resistir sus embates, que no acertaste á ver luz en el caos de tan sombríos pensamientos, ¿no es cierto que envidias desde allá á Lazaga, alma antigua, alma de bronce, que no quiso sobrevivir á su noble barco?

Tú, el que lívido de terror consultas al médico si te queda un mes de tregua para arreglar tus asuntos; tú, el que sientes en las venas el frío de la tumba cuando tu esposa, que vela á tu cabecera, te insinúa que es bueno *disponerse* y te anuncia la visita de un sacerdote que viene nada más que á saber *cómo sigues*, ¿no es cierto que envidias, que debes envidiar con todas las fuerzas de tu acobardado espíritu, á Cadarso, el que tuvo por sepulcro las olas de la bahía de Cavite, por sudario ideal nuestra ensangrentada y querida bandera?

Trance seguro é inevitable el de la muerte, ¿por qué se le teme tanto? No he podido comprenderlo nunca. Riqueza mayor que ninguna la vida, ¿por qué se emplea tan mal, en cosas tan fútiles y despreciables? ¿por qué, á cada día que transcurre, los hombres se la regatean más y más á los grandes fines sociales y heroicos, y la prodigan y malbaratan en lo más ínfimo, cuando no más indigno?

Me sugiere estas reflexiones y estos asombros la especie que tanto corre por ahí — me cuesta trabajo estamparla. — Dicen que han economizado su sangre algunos que á España se la debían en justa ley; que han dejado protestar la letra, malos pagadores, á la hora del terrible vencimiento... Antes de discurrir sobre la posibilidad del hecho (á la severa historia toca aquilatar su realidad), que no se nos pase por alto el propósito de los norteamericanos de enviar pieles negras á arrostrar el peligro que estaba destinado para los pieles blancas. Delegar el valor; batirse por poder; hacerse representar en la batalla por una especie de mozos de cuerda de la guerra, que lleven el peso agobiador para otros hombros más débiles..., es una idea muy yanki, práctica hasta lo sumo, y tan honrosa para el que la concibe y la lleva á efecto, como era honroso para el protagonista de cierto cuento libertino francés, cuando se ve compelido á desposarse, encargar á un amigo que le sustituya temporalmente y recoja en su lugar las primicias del nupcial amor.

La solución ideada por los yankis ha sido defendida ingeniosamente y propuesta como fórmula de la guerra en lo venidero. Nada de ejército, nada de presupuesto de guerra permanente. Allá en el fondo del África, donde las costumbres y el clima inspiran la ferocidad y crean hábitos guerreros, se forma un inmenso depósito de soldados dispuestos á acudir adonde se les llame y contrate. Una nación, antes de declarar la guerra, se tiente el bolsillo y encarga al vivero ó plantel militar tantos miles ó cientos de miles de hijos de Cam como le permite el estado de sus fondos. La nación enemiga hace otro tanto, y al fin y á la postre queda vencedora la que pudo alquilar mayor número de negros — la que tuvo más dinero, — lo mismo que ahora sucede.

Escribo estos párrafos saturados de tristeza hallándome á tres leguas de mi pueblo natal, Marine-

da de Cantabria, á quien la gente llama la Coruña, y en ocasión de anunciarse el próximo arribo de la escuadra del comodoro Watson, dispuesto á santiguar con peladillas de acero á los puertos de la costa cantábrica. Este anuncio ha creado, desde el primer día, dos bandos opuestos: el de los asustados y el de los sosegados; el de los que sueñan con cañonazos y el de los que se encogen de hombros como diciendo: «Bien, pues que disparen; ya se cansarán.»

El bando de los asustados, semejante á un bando de palomas, alza el vuelo y se dispersa. Vense las carreteras atestadas de carros, carromatos y zorras, con carga de muebles; es el ajuar de las familias que emigran en busca de un asilo, lejos, lo más lejos posible, de la costa, donde no llegue ni el estampido ni el proyectil, ni aun las noticias del estrago; y tal espectáculo acrece el susto y la alarma en los sencillos aldeanos, que cuentan de los yankis cosas horribles: una lavandera, verbigracia, afirma que sabe de buena tinta que todo yanki tiene *siete carreras de dientes* — una más que los tiburones. — Es tanto lo que ciega el miedo, que me han referido de una señora que no quiso aguardar ni un día para alejarse de los terribles barcos. Fué inútil que le representasen que no había urgencia; que sobraba tiempo, que podía disponer la marcha con toda comodidad y sosiego: no hubo razones que la convenciesen; en el acto antecogió cuanto poseía, mobiliario, ropa, provisiones de boca, papeles, trastos y cachivaches caseros; fletó una lancha, embarcó en ella el bagaje y la impedimenta apresuradamente, y se metió en la embarcación, á pesar de las protestas del patrón y los marineros, que declaraban excesiva la carga; y ya en mitad de la bahía, como un movimiento de la embarcación hiciese inclinarse hacia un lado el lastre, el agua penetró impetuosa, la lancha empezó á hundirse, y allá cayeron al fondo, revueltos en confusión espantosa, sillas, bancos, mesas, barricas de Jerez, cestas con pollos y gallinas, la lata de petróleo..., y también las personas, salvadas milagrosamente; y he aquí cómo estuvo la buena señora á pique de ahogarse, por evitar un peligro imaginario y huir ganando horas de unos enemigos que acaso no hayan llegado todavía á las islas Canarias.

Los indiferentes no nos movemos de nuestro sitio. No es que creamos que los yankis no pueden venir; es más: contamos con que vendrán, porque hasta hoy cumplieron bien todos sus programas, sin suprimir ni el más leve detalle de la función. Como lo anuncien, aquí les tendremos irremisiblemente. Lo que aquí se discute es si Marinada es ó no es playa bombardeable; en general, supónese que la granizada descargará en Ferrol, en el Arsenal y el Departamento.

Plaza fuerte era Marinada en la memorable fecha de 1589, cuando Drake y Norris, ávidos de botín, asaltaron la Coruña con aquellas tropas suyas que, según los documentos contemporáneos, se entretenían demasadamente en las bodegas, por lo cual era fácil á los coruñeses matar descuidados y borrachines á no pocos ingleses. De todas las relaciones que de aquel cerco nos han quedado, se desprende que Marinada cumplió bien entonces su obligación. Rudo debió de ser el asedio, y de él hemos encontrado todavía señales y rastros en las paredes de nuestra vieja casa, al extraer de ellas las balas inglesas incrustadas desde hace tres siglos. No sé si en 1589 contenía más hierro la sangre española ó si la dificultad de las comunicaciones impedía escapar á una de caballo; lo cierto es que las mujeres no pensaban en abandonar la ciudad, y lejos de eso, las encontramos en lo más apretado del cerco «rellenando fosos, tapiando puertas y brechas, enterrando á los muertos, y teniendo y poniéndose muchas de ellas con picas y morriones y peleando varonilmente.»

Tal era el estado de ánimo de entonces: es verdad que en aquel tiempo todo era diferente; que España, en vez de crujir y desmoronarse y soltar esparcidos por el suelo los restos de lo que fué su gloria y poderío, estaba aún en el apogeo de su robusta virilidad, frescos los laureles, vivos los sentimientos. En el día, tales nos han puesto entre unos y otros, á tal extremo nos tienen reducidos, que hay horas en que pensamos si no sería mejor *no haber nacido*, como nación; no haber tenido esas páginas brillantes y esos triunfos que tan caros estamos pagando. ¡Felices los pueblos que carecen de historia! ¡Felices los que no pueden evocar, para mengua del presente, un pasado escrito con cifras de luz sobre el amplio cielo de dos mundos, en ninguno de los cuales parece que encuentra hoy descanso el inmenso cadáver de nuestra grandeza!

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LAS VÍCTIMAS. — DESDE CASA

Inclinémonos ante las víctimas, si son pocas, tan pocas como por ahí se dice, con doblado respeto, con doblada veneración, porque se necesita también doble heroísmo para ser héroe cuando los demás sólo aspiran á perder la única ocasión de hacer su vida bella y gloriosa.

¿No es cierto que merece atención este fenómeno? Nace un hombre en cualquier esfera social, alta ó humilde, pero destinado, al parecer, á no distinguirse en cosa alguna de los demás de su generación y estado. Abraza una carrera y obscuramente la sigue, ó es llamado al servicio de las armas, número entre otros números, átomo entre la masa, cero agregado á infinitos ceros, y allá va adonde el azar le empuja, anónimo, sordo, desconocido, callado, cumpliendo faenas vulgares (tan vulgares si manda como si obedece), sin que de su vida y de sus hechos se entere nadie más que su familia, si la tiene — su amada, si algún corazón femenino late por él. — De pronto, un día la casualidad le coloca allí donde se decide, en lucha desigual, la suerte de la patria, ó donde, cuando menos, es preciso afirmar claro y alto su dignidad y su honra; y entonces ese ser que ni brilló en las artes, ni ahondó en las ciencias, ni se destacó por cima de la sociedad á cuenta de poseer riquezas ó nombre excelso, en una hora, en un segundo quizás, con una única tensión de la voluntad, hace que su nombre resplandezca como un astro en el cielo de la humanidad entera, porque los héroes no son patrimonio exclusivo de una nación; pertenecen á todas, enorgullecen á todas.

El capital quizás peor empleado, gastado con más estúpido derroche, es la vida humana. El que se con-